

## UNA VIDA CONTEMPLATIVA

### «CONTEMPLAR Y DAR LO CONTEMPLADO»

Monjas Dominicanas del Monasterio Santa María la Real  
Bormujos (España)

Hace 800 años que Domingo empezó a soñar y preparar la «*Santa Predicación*» y a ella asoció, por la oración y la penitencia, a las mujeres. Pero, ¿por qué empezar esta tarea evangelizadora, en la Iglesia y para la Iglesia, desde la contemplación?

Contemplar es «*mirar*», tener los ojos abiertos. Ver como Dios ve y nos ve a cada uno de nosotros y a nuestro mundo. Contemplar es «*escuchar*». Tener los oídos atentos para recibir y acoger su Palabra y tomar conciencia de las necesidades que nos manifiestan nuestros hermanos.

Es por esto que Domingo construye y edifica su «*Casa de Predicación*», su Orden de Predicadores, con los cimientos de una vida contemplativa, para que miremos con una mirada limpia y un corazón puro, con los ojos de Dios, nuestro mundo. Y estemos abiertos a su Palabra, escuchándola, acogiéndola en nuestra vida para engendrarla y volverla a dar a luz en nuestra carne para nuestro mundo. Que nuestros oídos se afinen y estén atentos, como los de Dios, al clamor y las necesidades de nuestros hermanos los hombres.

Así nos quiso Domingo y así queremos seguir viviendo: ALABANDO a Dios en todo lo que hacemos. De qué nos sirve acumular riquezas y propiedades si dejamos de disfrutar de lo que somos: «*Alabanza de su Gloria*». BENDICIENDO, y hacerlo siempre en nombre de Dios y no en el nuestro propio. Y PREDICANDO con nuestra vida, testimoniando a Cristo y haciendo que los demás «*saboreen*» a Dios con nuestros servicios.

### VIDA MONÁSTICA

Está claro que el monaquismo se ha revestido de formas muy diferentes en el interior de nuestra Iglesia a lo largo de los tiempos. En esa amplia variedad de formas siempre se han dado unos elementos esenciales comunes en todas ellas: «*la búsqueda de Dios*», «*el seguimiento de*

*Jesucristo», «la nostalgia de la comunidad cristiana primitiva», «el éxodo espiritual», «el retorno a la inocencia de Adán», «la espera de la parusía».*

Domingo, hombre profundamente eclesial, toma todos estos elementos y los armoniza con gran equilibrio a una vida intensa de apostolado en la predicación. Quiere que sus monjas vivan desde esas raíces monacales y sus frailes sean a la vez «monjes» (es decir, *buscadores de Dios*) y apóstoles de la Palabra y la Verdad, que es Jesucristo. Así leemos en nuestra Constitución Fundamental: *«Tanto los frailes como las monjas tienden, por su manera de vivir, hacia la perfecta caridad para con Dios y para con el prójimo. La misión de los frailes, de las hermanas y de los seglares en la Orden es “evangelizar por todo el mundo el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. La de las monjas consiste en buscarle en el silencio, pensar en Él e invocarlo, de tal manera que la palabra que sale de la boca de Dios no vuelva a Él vacía, sino que prospere en aquellos a quienes ha sido enviada»* (CFM. II).

Leemos en el Documento *Perfectae caritatis* del Concilio Vaticano II: *«Quienes componen la comunidad monástica se dedican solamente a Dios en la soledad y silencio, en la oración asidua y generosa penitencia. Realizan también un apostolado activo y tienen un lugar eminente en el Cuerpo Místico de Cristo, porque ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al pueblo de Dios con frutos de santidad y le edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con misteriosa fecundidad»* (PC 7).

Por tanto, nuestra vida contemplativa monástica no limita, ni reduce, *«ni encarcela el amor»*, sino que es la libertad incondicional de amor que rompe cualquier tipo de frontera. No nos escondemos, sino que hacemos presente la gracia de una misteriosa comunión. No nos aparta de las preocupaciones y afanes evangelizadores, sino que los vivimos y nos comprometemos con ellos de una manera diferente, actuando como invisible levadura, capaz de hacer fermentar la masa.

## **BÚSQUEDA DE DIOS**

Fr. Timothy Radcliffe OP, en una carta sobre la Vida Contemplativa que escribió a toda la Orden poco antes de terminar su cargo de Maestro, nos decía: *«por contemplación entiendo nuestra búsqueda de Dios, que lleva a nuestro encuentro con el Dios que viene a nuestro encuentro.*

*Buscamos a Dios en el silencio y en la oración, en el estudio y en el debate, en la soledad y en el amor».*<sup>1</sup>

Como vemos, no es una búsqueda a ciegas, pues en realidad es Dios mismo quien nos busca y sale a nuestro encuentro como lo hizo con Adán: «¿Dónde estás?» (Gn 3,9). O con los discípulos de Emaus: «Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos» (Lc 24,15). Pero además es una búsqueda en la que contamos con medios para propiciar el encuentro: el silencio, la oración, el estudio y la lectio divina.

### **El silencio**

Silencio significa ir más allá de las palabras y pensamientos. Por eso, el silencio es el padre de los predicadores, porque comunica a Dios desde lo profundo del ser. Cualquier camino hacia Dios tiende a ser un camino hacia el silencio. Si queremos llegar un día a la unión con Dios, ha de ser por el silencio.

El silencio nos hace estar presentes y nos sumerge en la presencia de Dios. Las cosas, las personas, y todo lo que nos rodea y nos acontece, son lo que son y están donde tienen que estar, en la perfecta armonía de la creación. El silencio nos conduce a encontrarnos «cara a cara» con Dios y a descubrir su huella en todo lo que hacemos y vivimos. Nos despoja de todas nuestras máscaras y falsas vestiduras y nos hace estar en una desnudez total, manteniéndonos firmes ante Él, tal y como somos, en sencillez y simplicidad.

### **La oración**

*«Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas. Estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado»* (Dt 6, 5-7). Esto es orar. Entrar en la oración, vivir con todo mi ser a Dios, desde que recibo el primer sonido al despertarme, hasta entrar en el silencio más profundo del sueño cuando me acuesto. Siempre, en todo momento, circunstancia y lugar. Vivimos la oración como un encuentro constante con Dios.

Domingo no escribe «tratados» sobre la oración. Él es un hombre orante, en continua oración. Todo en él es oración y le lleva a la oración. De tal modo que su vida queda totalmente transformada. Sus sentimientos buscan ser los mismos sentimientos del Verbo Encarnado y, a ejemplo suyo, Domingo es compasivo y tiene entrañas de misericordia.

---

<sup>1</sup> Timothy RADCLIFFE, *Una Vida Contemplativa*, San Esteban, Salamanca 2001, p. 9.

Así mismo, nosotras tenemos que vivir la oración permanentemente. Exponiendo ante Dios nuestra vida y la de todos los hombres y mujeres, nuestros hermanos. Hablando siempre con Dios de ellos, o de Dios a todos. Haciendo de su Corazón nuestra morada para sentir como Él siente, amar como Él nos ama, vivir y participar de su misma Vida y Verdad.

El monasterio representa la intimidad misma de una Iglesia, el corazón, donde el Espíritu siempre gime y suplica por las necesidades de toda la comunidad cristiana y donde se eleva sin descanso la acción de gracias por la vida que cada día Dios nos regala. Se puede comparar una comunidad monástica, en este caso dominicana, con Moisés, que en la oración determina la suerte de las batallas de Israel (cf. Ex 17,11-12), y con el centinela que vigila en la noche esperando el amanecer (cf. Sal 129,6; Is 21,6).

### **La liturgia**

Los que participamos de la liturgia podemos encontrar en ella una fuente abundante para alimentar nuestra fe: la Palabra de Dios y la Eucaristía. Para que esto sea una realidad en nuestras vidas y sea un manantial de múltiples gracias, conviene que la celebración sea digna y atenta, de forma que la mente concuerde con la voz. Buscando principalmente a Dios y penetrando cada vez más, para que la Palabra no caiga en el vacío.

Tertuliano veía la creación como una inmensa liturgia. La oración brota del ser de las cosas, pues narran las maravillas del Creador y hacen que el hombre vuelva su mirada hacia Él. El orante canta y celebra la gloria de Dios, camina y trabaja con reconocimiento para llevar a cabo su obra en la historia del mundo.

La liturgia extiende la alabanza a los distintos momentos del día, siendo su fin la santificación del día y de todo el esfuerzo humano, del mismo modo nos va recordando los misterios de la salvación. En ella, encontramos un permanente diálogo entre Dios y el hombre: Dios habla a su pueblo, y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración.

La Eucaristía es centro y compendio de lo que ha de ser nuestra vida, pues en ella vivimos el vínculo de la caridad fraterna, la comunión eclesial, y nos incorporamos a Cristo en el Memorial de su muerte y resurrección, uniéndonos a Él en su ofrenda al Padre por la salvación de todos los hombres. Participamos de su Cuerpo y de su Sangre y aprendemos de Él a morir para dar la vida *como el Pan*.

## El estudio y la lectio divina

«Al conocimiento sigue el amor. Y amando, el alma procura ir en pos de la verdad y revestirse de ella», dice santa Catalina de Siena (*Diálogo*, 1). El estudio, para nosotros, las dominicas y los dominicos, no es solamente una disciplina académica. Según fr. Timothy Radcliffe: «Pertenece a nuestra búsqueda de nuestro Señor en el huerto, a nuestra ansia de un significado, a nuestro ingreso en el misterio de amor. A través de este conocimiento nos aproximamos a la dulce verdad primera»<sup>2</sup>.

Para nosotras la oración y el estudio van unidos, es decir, oramos cuando estudiamos. Domingo también oraba con el estudio. Cogía un libro y discutía con él, asentía con la cabeza o mostraba su desacuerdo. Y Tomás de Aquino, cuando escribía o dictaba la *Suma Teológica*, en algunas ocasiones, despedía a sus colaboradores y rezaba hasta comprender lo que leía.

Necesitamos dedicar tiempo en nuestro vivir diario para el estudio de la Palabra, dejándonos sorprender por ella, gustando de ella, recreándonos en todo aquello que leemos. Contemplar la Palabra y descubrir en ella al mismo Cristo que nos habla: «¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino?» (Lc 24,32).

Y la lectio divina, práctica esencial en la vida monástica. Pero creemos que es importante que esta práctica de lectura, meditación, oración y contemplación, no la hagamos sólo con la Sagrada Escritura, sino con la misma vida y con los acontecimientos que se van sucediendo. Leer los signos de los tiempos, meditar lo que de Dios nos dicen, orar y responder a ellos desde su voluntad y contemplar su grandeza y su designio de amor misericordioso, es una riqueza impresionante que nuestra vida puede ofrecer a los hombres y mujeres de hoy.

## VIDA COMÚN

Dice la Regla de san Agustín: «Lo primero, que es el fin principal porque estáis congregadas en comunidad, que viváis unánimes en el Señor, no teniendo más que una sola alma y un solo corazón en Dios» (n. 3). Esta es la base y la meta de nuestra vida comunitaria.

La vida común nos da la oportunidad de experimentar la misericordia y el gozo que viene de Dios. En cada hermana está impresa la imagen viva

---

<sup>2</sup> *Op. cit.*, p 33.

de Dios. Podemos experimentar cómo nuestra amistad con Dios se hace vida en la relación con las hermanas, pues compartimos desde lo más insignificante hasta lo más valioso que cada una pueda tener: casa, alimentos, ropa, alegrías, tristezas, sueños, conflictos, decepciones...

La vida común te va purificando y limando. En ella es donde vivimos nuestra consagración y dónde se pone a prueba nuestro seguimiento a Jesucristo en pobreza, castidad y obediencia. Pues nuestro voto de *pobreza* nos hace necesitar siempre de la hermana y no ser autosuficientes. El voto de *castidad* nos abre el corazón para acoger a cada miembro de la comunidad y vivir el amor como el mejor de los carismas, como Pablo nos lo dejó tan bellamente escrito en la carta a los Corintios: *«el amor es paciente; servicial; no tiene envidia; no se jacta ni se engríe; no toma en cuenta el mal; todo lo excusa; todo lo cree; todo lo espera; todo lo soporta. No tiene límites ni pasa nunca»* (1 Cor 13,4-8). Y el voto de *obediencia* nos libera del egoísmo, de creernos sabedores y dueños de la verdad, de «mi verdad», y nos ayuda a asemejarnos al Siervo de Yahvé, manso y humilde, *«que aprendió sufriendo a obedecer»* (Hb 5,8).

La vida común dominicana es la mayor predicación que podemos hacer sin grandes discursos. Una vida de confianza, de amor y perdón en Dios, se hace testimonio fuerte y valioso de los valores del Reino de Dios ya presente. Así como Domingo acogía a todos en su infinita caridad, nuestro corazón y nuestra casa han de estar con las puertas abiertas, dispuestos a acoger las necesidades de todos, sobretodo de los más desfavorecidos. Esta acogida es otro modo importante que tiene nuestra vida de hacer realidad aquello que queremos vivir cada día: el AMOR.

## **EL SERVICIO**

El servicio es una entrega de amor a la comunidad. Durante la última Cena, Jesús se puso a lavarles los pies a sus discípulos (cf. Jn 13,4-16): un gesto de amor y de entrega total al hombre, y al mismo tiempo, un gesto con el que quiso enseñarnos cómo teníamos que vivir nosotros.

María, después del anuncio del ángel, inundada de la gracia de Dios, corre al servicio de Isabel. Su servicio fue doble, el material, atendiendo a sus necesidades más elementales, y el espiritual, llevando en sí misma al que es la Palabra (Lc 1,39-56). Porque el servicio brota desde dentro y se cultiva con nuestra vida diaria.

Pero esto, visto así en nuestra vida, parece egoísta: como si viviésemos para nosotras mismas, sin aportar nada a la sociedad. En muchas ocasiones nos dicen que una vida así no tiene sentido, o nos preguntan que para qué sirve nuestra vida. Y sencillamente respondemos: *«para nada»*, porque no es la utilidad lo que nos mueve. Si vivimos es únicamente para esto: *para ser lugar elegido por Dios para habitar, para manifestarse al mundo, para ser su epifanía*. En este desierto de soledad, de secularización, de materialismo, que es con frecuencia nuestro mundo, queremos hacer brotar en el corazón de todos, fuentes de oración donde las personas vengan a colmar su sed, a llenar el vacío de sus vidas, a encontrar lo que tanto buscan.

Muchas personas con las que convivimos se acercan hoy a nuestras comunidades para preguntarnos: *«¿Eres tú quien ha de venir?»* (Lc 7,19). Sólo nos podemos considerar seguidoras del Mesías si podemos decir: *«Id y contad lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia»* (Lc 7,22).

#### **RETORNO A LA INOCENCIA DE ADÁN**

*«Y vio Dios que estaba bien. Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, como semejanza nuestra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, hombre y mujer los creó. Y vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien.»* (Gn. 1, 26-31).

Queremos terminar este trabajo, en el que hemos colaborado varias hermanas del Monasterio, con esta idea del retorno a la inocencia de Adán, pues, como ya dijimos al principio, forma parte de los elementos comunes del monacato, y que Domingo vivió con pasión.

Precisamente a Domingo le hizo cambiar de vida descubrir los estragos que la herejía cátara o albigense estaba haciendo en el sur de Francia. Hombres y mujeres despreciadores del cuerpo y la materia, para los que todo era malo. Domingo se esfuerza en redescubrirles la bondad y la belleza de lo creado; el misterio de un Dios, que ama tanto al mundo, que entregó a su propio Hijo, haciéndose hombre, como uno de tantos (cf. Fil 2,7).

Dios se hace hombre, humano, para que el hombre llegue a lo divino. Y nos damos cuenta de que nuestro mundo no sólo no es divino, sino que cada vez está más deshumanizado. De ahí que la persona necesite que se la

invite constantemente a este *retorno a la inocencia de Adán, a imagen y semejanza de Dios*, donde todo es bello y bueno, y goza de lo creado. Una persona a la que Dios busca para pasear juntos a la hora de la brisa (Gn 3,8). Quizá seamos los monjes y las monjas los que tengamos que hacer esa invitación, a ser verdaderamente *humanos* para llegar a lo *divino*, con nuestro estilo de vida.

## LA ESPERA DE LA PARUSÍA

El estilo de vida que más radicalmente saca a la luz esta apertura del futuro, es el de los monjes y las monjas contemplativos. Nuestras vidas no tienen ningún sentido si no están en el Reino. Estamos y permanecemos, es todo. Sin otra labor que la de anunciar nuestro encuentro con Dios en el final de los tiempos. Por eso dice esto fr. Timothy Radcliffe respecto a las monjas: «*Están como esas gentes que esperan en la parada del autobús. Sólo el hecho de que ellos estén allí indica que el autobús debe llegar con toda seguridad*»<sup>3</sup>. Es por la *ausencia de sentido* por lo que nuestra vida revela una *plenitud de sentido* que no podemos definir. Todo en ella, como la «tumba vacía», anuncia la Resurrección.

Aguardamos perseverantes la alegre esperanza, la aparición gloriosa y definitiva de nuestro SALVADOR (cf. Tt 2,13).

---

<sup>3</sup> (Timothy Radcliffe, *El Oso y la Monja*, San Esteban-Salamanca. P. 13)